

bien aconsejó en Washington que no se dejaran llegar las cosas á una ruptura, y apoyó en unión de las otras grandes potencias con mucha energía la restitución de los presos, no fué ciertamente de su gusto que Lincoln accediera inesperadamente á la reclamación inglesa en 26 de Diciembre. En efecto, por aquel tiempo ya se había comprometido Napoleón en una empresa que no podía esperar realizar si la Unión americana se sostenía, y que por lo contrario prometía muy buen éxito si la Unión, además de la guerra civil, se veía complicada en una guerra con Inglaterra. Esta empresa fué la expedición de México.

Los partidos políticos que desde casi medio siglo antes se disputaban el gobierno de México, habían impedido de la manera más lamentable la prosperidad de aquel país y además habían dado ocasión á frecuentes conflictos con potencias europeas y con la Unión norte-americana. El motivo de estos conflictos eran la mayor parte de las veces deudas que un partido había contraído y que no quería reconocer el partido contrario cuando llegaba á ser gobierno. En el conflicto que á la sazón se trataba no estaba la Francia interesada en primera línea, sino España, que había procurado en 1855 por medio de un bloqueo de Veracruz realizar sus grandes reclamaciones de dinero, pero que había visto perdidas otra vez sus esperanzas por medio de un nuevo cambio brutal de presidente. Commonfort, que había hecho el arreglo con España, había sido derribado por el general Zuloaga y este á su vez había dejado su puesto en Febrero de 1859, medio voluntariamente y medio á fuerza, al general Miramón. Contra estos dos luchaba á la cabeza del partido liberal Benito Juárez.

Este había nacido en el año de 1809 de padres indios en una aldea cerca de Oajaca; había cambiado la carrera eclesiástica, para la cual había sido destinado al principio, por la jurídica y desde 1836 había hecho un papel cada vez más importante en la política de su país. En 1852 siendo gobernador de su Estado natal fué desterrado por el general vencedor Santa-Anna, y entonces pasó algunos años en la Habana y en Nueva

gocios extranjeros de Francia tan decididamente dispuesto á favor del Sar como el emperador. Véase también Bigelow: *France and the Confederate Navy, 1862-1868*, N. York, 1888, pág. 129.

Orieans. En 1855 fué uno de los fomentadores más activos de la revolución que llevó á Commonfort á la presidencia de la república de México. Siendo Juárez presidente del tribunal supremo, tomó posesión en virtud de la constitución de la presidencia de la República á la caída de Commonfort, y fué reconocido por los Estados Unidos. En Diciembre de 1860 expulsó á Miramón completamente del país, y el expulsado con el auxilio de muchos partidarios suyos, buscó en Europa medios de volver para derribar á Juárez. Para esto el mismo Juárez, reconocido por Inglaterra y Francia, y elegido en toda regla presidente en Junio de 1861 le facilitó la ocasión, porque apretado por la penuria suspendió en 17 de Julio de 1861 por dos años los pagos convenidos con los acreedores extranjeros, entre los cuales fueron los principales, además de España, Inglaterra y Francia. Estas tres potencias recibieron además graves motivos de queja por los actos brutales que se cometieron contra sus representantes y nacionales en Mexico (1). El embajador español había sido expulsado, y el embajador francés y tres súbditos ingleses fueron objeto de un atentado el 14 de Agosto. En esta situación, era natural que las tres potencias se unieran para conseguir en común una satisfacción de México; pero mientras el gobierno inglés se proponía únicamente con este objeto y en el borrador del tratado del que lord John Russell sometió á la aceptación de las otras dos potencias, expresó explícitamente la condición de que no ejercerían ninguna influencia en los asuntos interiores de México, España y Francia concibieron desde el primer instante propósitos de más alcance. El ministro de Estado español, Calderón Collantes, apoyado por Napoleón, insistió en que se exceptuara únicamente toda influencia que perjudicara el derecho del pueblo mexicano de elegir libremente la forma de su gobierno. La idea reservada de las citadas dos potencias era establecer la monarquía en México, y ya en 19 de Septiembre de 1861 había dicho Thouvenel que entre los pueblos neolatinos solo la monarquía podía formar un gobierno fuerte y que todas las personas honradas y de talento en México profesaban la misma idea, que el emperador estaba pronto á apoyar excluyendo desde luego toda can-

(1) Randon, tomo II, pág. 57.



didatura de un príncipe francés [1]. Ya entonces Napoleón había fijado la vista en el archiduque Maximiliano, que desde su visita á París en 1855 estaba muy bien quisto en las Tullerías, y hasta se dice que ya en el año de 1859 había mencionado esta candidatura en Villafranca. España tenía fijada la vista en uno de sus infantes, y además se atribuyó al general Prim, que estaba casado con una mexicana, el plan de conquistar para sí el trono de México (2). Apenas había partido monárquico en México aunque de cuando en cuando hubo algunos movimientos en este sentido, pues en 1846 se habían dirigido ya emigrantes mexicanos al gobierno austriaco para pedirle un archiduque á quien dar su trono de México. También habían comunicado sus proyectos á Napoleón cuando todavía era presidente, y en Julio de 1854 Santa-Ana había entablado negociaciones en este sentido en Madrid, París y Viena por medio de Gutiérrez Estrada, el propagandista más activo de estas ideas monárquicas. Apadrinaron esta misma idea Miramón y su embajador en París, el general Almonte, y entraron en negociaciones con la corte de Viena. En particular sin embargo fué Gutiérrez Estrada quien de acuerdo con Napoleón se esforzó por atraer á su idea al archiduque Maximiliano, del cual en efecto consiguió á fines de 1861 la promesa escrita de que aceptaría la corona siempre que Francia é Inglaterra le apoyaran [3]. Con el estallido de la guerra separatista en los Estados Unidos se hizo evidentemente más probable el logro de tales proyectos, porque la Unión á la sazón no se hallaba en estado de oponerse á ellos con las armas, y todo cuanto pudo hacer para mostrar su simpatía por la república vecina, y en particular por Juárez, fué negarse á tomar parte en una alianza contra México para la cual fué invitada.

Por el contrario, con el fin de hacer desaparecer el pretexto financiero para la guerra, el gobierno de los Estados Unidos

[1] Thouvenel, tomo II, pág. 168. "El Austria tiene bastantes archiducos para darles uno."

(2) Keratry, pág. 12. Thouvenel, tomo II, pág. 301, dice hablando de Prim: "El despacho que siente por haber perdido sus esperanzas personales le lleva demasiado lejos."

(3) L. de Krratry: *L'empereur Maximilien, son elevation et sa chute*, Leipzig, 1867, pág. 9.

ofreció garantizar los intereses de la deuda mexicana por cinco años. Esta proposición y la mediación de los Estados Unidos no fueron naturalmente aceptadas, atendidas las esperanzas que Napoleón y las personas que le rodeaban tenían respecto de México. El emperador esperaba fundando el imperio mexicano, dar nueva importancia á la raza neo-latina en América en vista del dominio creciente de la raza germánica en aquella parte del mundo, y al mismo tiempo creía encontrar en aquel país un ventajoso mercado para los productos de la industria francesa y para él el puesto de un protector. La emperatriz Eugenia por su parte deseaba auxiliar á la Iglesia de Mexico, á cuyo favor la excitaba el arzobispo de México Labastida, pues que los bienes de la Iglesia habían sido secularizados por Juárez. Por este medio la emperatriz creía prestar algún servicio á la religión. El conde de Morny finalmente, como representante de los intereses de la hacienda tenía también motivo bastante para desear una guerra y un nuevo gobierno en México, á fin de que fuesen reconocidas por este último en globo las reclamaciones de los acreedores franceses sin ser examinadas en detalle, porque no hubieran podido sostener semejante exámen. En efecto, se fundaban estas reclamaciones en su mayor parte en un empréstito estafalarío que había hecho con Miramón en 1859 un suizo llamado Jecker, y este empréstito había sido colocado en París en 1860 por un comité á cuya cabeza se hallaba el conde de Germiny, director del Banco de Francia. Juárez no quiso reconocer este negocio y Jecker acudió á Morny, al cual prometió el 30 por 100 de beneficio si conseguía que el gobierno mexicano pagara esta deuda. Morny proporcionó á Jecker la nacionalización francesa en Marzo de 1862 é hizo que la embajada francesa en México asegurara á los acreedores en nombre del gobierno francés que serían completamente satisfechas sus reclamaciones. Estas subían en total á 75 millones, de francos, de los cuales reclamó Jecker 14 millones, que decía haber pagado por bonos del tesoro mexicano, por los cuales solo había pagado en realidad 3 y  $\frac{1}{2}$  millones.

Con mayor actividad todavía que la corte francesa impulsó el general Prim la guerra, de cuya dirección se encargó personalmente. Tan luego como estuvo firmada la alianza de las tres potencias en Londres, el 31 de octubre de 1861 marchó



Prim á Cuba, se puso á la cabeza de 5,600 hombres, desembarcó en Veracruz el 8 de Diciembre y ocupó la ciudad sin resistencia. En Enero de 1862 llegaron también allí 3,300 franceses; de los cuales tres cuartas partes eran tropa de marina mandada por el almirante Jurien de la Graviere, y mil soldados ingleses á las órdenes del almirante Dunlop. Desde un principio no hubo unión entre los aliados. En una proclama común que dirigieron á los mexicanos y en una nota que enviaron á Juárez usaron el mismo lenguaje, pero prometiendo por un lado no mezclarse en los asuntos interiores del país y declarando por otro que querían ser testigos, y si necesario fuese protectores del renacimiento de México. En esta ocasión el embajador francés Dubois de Saligny declaró á sus colegas desde luego que el emperador, que le dispensaba su particular confianza, no esperaba el renacimiento de México sino de la monarquía, y al mismo tiempo excitó la oposición del embajador inglés, sir Carlos Wyke, con la crecidísima suma de dinero que pedía del gobierno de México (1). Prim renunció pronto á su proyecto ambicioso personal, porque corría ya la noticia de que Napoleón iba á apoyar al archiduque Maximiliano y como pretendiente al trono de México (2), y Prim no pensaba sacar las castañas del fuego para el austriaco. Por eso se mostró de repente muy pacífico; y como disponía del grueso de las tropas expedicionarias y tenía además de su parte al comisario inglés, el francés tuvo que acceder á que se entablaran negociaciones con Juárez, solicitando de él por lo pronto que pusiera á disposición de las tropas aliadas, á quienes amenazaba la fiebre en Veracruz, algunas ciudades salubres, que los aliados se comprometieron á evacuar si las negociaciones no conducían á un arreglo. Juárez accedió, y en 9 de Febrero de 1862 firmó Prim en La Soledad con Doblado, ministro mexicano de la Guerra, un convenio por el cual se abrieron á los aliados las ciudades de Córdoba, Tehuacán y Orizaba, designando la última como lugar de las negociaciones.

[1] El embajador francés no descubrió las intenciones de Napoleón desde el principio, sino más adelante, N. del T.

[2] Prim no tenía proyectos personales, sino la instrucción dada por la reina Isabel, contraria á la candidatura del austriaco. N. del T.

Estas negociaciones no llegaron siquiera á empezarse. El embajador francés pidió que se aplazara la apertura de las conferencias hasta el 15 de Abril, para pedir nuevas instrucciones á su gobierno. Estas instrucciones se cruzaron con sus comunicaciones y el 3 de Marzo llegó al cuartel general el general mexicano Almonte, que había sido tiempo anterior embajador de Miramón en París y que era enemigo encarnizado de Juárez. Este general hizo saber que con el consentimiento de Napoleón iba á trabajar en favor de la candidatura de Maximiliano y que esperaba conseguir su elección en el espacio de dos meses. Pocos días después desembarcaron en Veracruz 4,000 soldados franceses á las órdenes del general Lorencez [1], que pasó en seguida á Córdoba, donde reunió bajo sus órdenes 7,300 hombres. Los representantes de Inglaterra y España rechazaron en términos rudos á Almonte y consideraron el apoyo de sus planes por la Francia como una violación del convenio de Londres, haciéndolo constar en una acta que levantaron en la última conferencia, que tuvo efecto el 9 de Abril. Casi al mismo tiempo declaró el Monitor que el emperador no consideraba el convenio de La Soledad compatible con la dignidad de Francia, que le había rechazado y que en adelante únicamente el señor Saligny estaba autorizado para las negociaciones diplomáticas, quedando limitada la autoridad del almirante Jurien al mando de la escuadra. Esto produjo la completa ruptura entre los aliados; y mientras la Francia se negaba á cumplir el convenio de La Soledad, Inglaterra y España retiraron sus tropas, y sus representantes diplomáticos se trasladaron á la capital para negociar con Juárez. Napoleón se mostró profundamente resentido de esta conducta, pues de Inglaterra sobre todo no había esperado que se pasara, digámoslo así, al campo enemigo. "¿Es este el agradecimiento por mi actitud en el asunto del Trent?" dijo á Thouvenel, (2) mas no por eso abandonó Napoleón sus proyectos. Lorencez retrocedió, conforme prescribía el convenio de La Soledad, en dirección á Veracruz; pero no como estaba convenido hasta más allá del río Chiquihuite, sino solo un corto trecho, para avanzar de nuevo bajo el pretext-

(1) Randon, tomo II, pág. 62.

(2) Thouvenel tomo II, pág. 319.



to de que los enfermos que habían quedado en Orizaba estaban amenazados por el enemigo. Bajo su protección fué proclamado Almonte presidente; se concentraron cuerpos mexicanos auxiliares á las órdenes del general Márquez y otros cabecillas y el 16 de Abril fué declarada formalmente la guerra. Por lo pronto, quedó muy chasqueado Napoleón si había contado con laureles fácilmente conquistados. Lorencez avanzó á principios de Mayo hacia Puebla, pero el día 5 fué rechazado desde las fortificaciones de Guadalupe y se vió en duros aprietos en frente de los generales Zaragoza y Ortega. Este fracaso por una parte y la poca armonía entre Lorencez y Saligny por otra, indujo al emperador, que más que nunca confiaba en Saligny, á reprimir en términos muy acres al general á pesar de salir á su favor el ministro de la Guerra Randon, que encontró ridículas las críticas militares de Saligny. Lo indudable era que sin fuerzas mayores ningún general podía hacer nada, y en vista de esto dió Napoleón orden de cuadruplicar las fuerzas francesas en México. Desde fines de Agosto hasta principios de Noviembre desembarcaron en Veracruz más de 22.000 franceses, de suerte que su ejército se elevó aproximadamente á 28,000 hombres con 6.000 caballos y 50 cañones. Confiósele el mando en jefe de esta fuerza al general Forey, al cual encargó el emperador antes de su partida que se pusiera en un todo de acuerdo con Saligny inmediatamente ó diera á conocer, también inmediatamente, su opinión si discrepaba de la de aquel diplomático. Además dirigió á Saligny en 3 de Junio una carta destinada á la publicidad, en la cual expuso sus ideas sobre el porvenir de la raza neo-latina en América, y dijo que por muy importante que fuese también para la Europa la prosperidad de los Estados Unidos, no podía desearse que esta república dominara todo el golfo de México y desde allí toda la América del Sur, y que fundando un gobierno fuerte, si posible fuese una monarquía, en México se restituiría á la raza neo-latina su influencia. Esta carta nada decía de Maximiliano, y Billault declaró en la cámara el 26 de Junio que la Francia reconocería toda resolución que tomara el pueblo mexicano tocante á su porvenir, aunque resultara á favor de Juárez.

El emperador mostró personalmente el mayor interés en los preparativos y en los progresos de la expedición; desde

Vichy dirigió las negociaciones con un empresario americano, para la construcción de un ferrocarril desde Veracruz á Chiquihuite, y aceptó con grandísima alegría el ofrecimiento del embajador de Honduras de poner á su disposición para depósito la isla salubre de Huatan, porque el clima de Veracruz exigía tantas víctimas, que los soldados llamaban con amarga sorna al cementerio de Veracruz el jardín de aclimatación de los franceses. Mucho le disgustó que Lincoln hiciera por medio del embajador americano Corwin un convenio con Juárez que daba á este último grandes auxilios de dinero, y de muy buena gana hubiera contestado con el reconocimiento de los Estados del Sur si la Inglaterra hubiese estado dispuesta á imitarle. Sin saberlo Thouvenel, que había pasado por algunos días á Londres para visitar la exposición universal, recibió el emperador en 16 de Julio de 1862 en Vichy á Slidell, agente del Sur, que hizo los mayores esfuerzos para inducirle á decidirse á favor del Sur, diciendo que siendo Lincoln el aliado y protector de Juárez, se hallaban muy dispuestos los confederados á hacer causa común con la Francia contra Juárez; que el emperador solo enviara algunos buques de guerra á los puertos del Sur para demostrar que el bloqueo de estos puertos no era efectivo, y que bajo la protección de esta misma fuerza podía el Sur enviar á Europa una gran cantidad de algodón para remediar la falta de trabajo en Francia. Mas que todo anhelaba Slidell conseguir el reconocimiento del Sur, y en este concepto consiguió más de lo que sospechaba, aunque no dió el resultado práctico que apetecía. Inmediatamente después de esta audiencia el emperador telegrafió á Thouvenel á Londres encargándole que preguntara al gobierno inglés si creía llegado el momento de reconocer al Sur. (1) Aquel mismo día había salido Thouvenel de Londres, y cuando recibió á su llegada á París el despacho, procuró inmediatamente disuadir al emperador de semejante paso. No le fué difícil conseguirlo, porque Palmerston se declaró dos días después en la cámara de diputados contra el reconocimiento del Sur, por ser prematuro. En su consecuen-

(1) Así resulta de la comunicación de Slidell, [Bigelow, pág. 116 y siguientes] y de la carta de Thouvenel á Tlahault, (Thouvenel, tomo II, págs. 338 y 352.



cia Slidell vió frustadas sus esperanzas, hasta que la destitución de Thouvenel á mediados de Octubre de 1862 volvió á reanimar sus bríos. Entonces solicitó la segunda audiencia del emperador, que se la concedió en seguida el 20 de Octubre en Sain Cloud, y en ella le dijo Napoleón, que solicitara de los gobiernos de Inglaterra y Rusia que propusieran con el francés un armisticio de seis meses. Hábiale inspirado esta idea una carta del rey de los belgas que había recibido pocos días antes y que tenía para él una importancia particular, por hallarse justamente entonces la reina Victoria en Bruselas, lo que le permitía suponer que el rey Leopoldo contaba con el asentimiento de la reina de Inglaterra. Este propósito, sin embargo, fracasó; pero todavía era más importante que Napoleón accediera al deseo de Slidell de permitir la construcción de buques de guerra en Francia para la confederación, si bien con la condición de que quedara este permiso secreto. Al propio tiempo indicó que podrían construirse con el pretexto de que se hacían por cuenta del gobierno italiano, y algunas semanas después hasta indujo á Arman de Burdeos, el constructor más famoso de buques en Francia, á que se viera con Slidell y le ofreciera sus servicios (1). Todo esto se hizo por supuesto en el mayor sigilo y sin que lo supiera el gobierno de Estados Unidos del Norte. No obstante se aumentó la desconfianza tanto de este gobierno como de la población del Norte respecto de los planes que perseguía Napoleón en México. A fin de combatir esta desconfianza se valió Napoleón entre otras personas del general James Watson Webb, á quien había conocido en 1837 en Nueva York, rechazando en su correspondencia con él la acusación de que la ambición y afán de las conquistas le habían conducido á México, y diciendo que el gobierno español le había enredado en este asunto, y que muy contra su deseo hacía la guerra tan léjos de Francia; que no pensaba de ninguna manera en adquirir las minas de Sonora, si bien era difícil predecir las contingencias que podían presentarse ondeando las banderas francesas en México; que estaba firmemente decidido á retirarse tan pronto como lo permitiesen el honor y los intereses de Francia; que la Unión, sin embargo haría muy mal en amenazarle porque una amena-

(1) Bigelow, pág. 134.

za de su parte modificaría necesariamente sus planes; que sentía mucho la guerra civil entre el Norte y el Sur, cuyo fin no veía, y que no era el interés de Francia dejar debilitar á los Estados Unidos en una lucha sin fin. Webb comunicó confidencialmente esta carta, fechada el 22 de Mayo de 1863, al presidente Lincoln, y éste dió efectivamente crédito á la afirmación del emperador de que deseaba retirar sus tropas tan pronto como fuese posible (1).

En aquellos mismos días alcanzó Forey con la toma de Puebla una victoria importante. Había llegado en el mes de Septiembre de 1862 á Veracruz y había pasado mucho tiempo en la inacción, ya á causa de las lluvias, ya por la necesidad de reunir las provisiones necesarias para el ejército; y solo había podido realizar pequeñas empresas como la ocupación de Tampico ó de Jalapa. A fines de Febrero de 1863 avanzó contra Puebla, defendida por el general Ortega con una guarnición de 12.000 hombres. Forey empezó el sitio el 17 de Marzo; Bazaine derrotó el 8 de Marzo un ejército mexicano que Commonfort llevaba al socorro de la ciudad, y cuando en 17 de Mayo la artillería francesa hubo abierto brecha en la fortaleza, Ortega tuvo que capitular. El sitio costó á los franceses doscientos muertos y mil heridos. Forey fué recompensado con el bastón de mariscal; pasó sin encontrar resistencia desde Puebla á México, y Juárez evacuó esta ciudad al acercarse la vanguardia francesa á las órdenes de Bazaine. Juárez trasladó el gobierno á San Luis Potosí, y al parecer había llegado el tiempo de realizar el propósito de Napoleón con el establecimiento de la monarquía.

Forey, de acuerdo con Saligny, nombró á su llegada á México una junta que encargó el gobierno á los generales Almonte y Salas y al arzobispo Labastida. Hecho esto, Saligny convocó una asamblea de notables que decidió en 11 de Julio de 1863 por unanimidad de sus 231 votos la elección del archiduque Maximiliano como emperador de México. El gobierno interino procuró atemorizar á los contrarios ó hacerles inofensivos con disposiciones extraordinariamente crueles. Un decreto de Forey, que en todo se dejaba guiar por Saligny, ordenó el

(1) Jerrold, tomo IV, pág. 342.



embargo de los bienes de cuantos estaban en armas contra los franceses y dispuso que cuantos formaran parte de una banda de criminales armados, fuesen sometidos á un consejo de guerra y fusilados en el plazo de veinticuatro horas. El efecto de este rigor no correspondió de ninguna manera á lo que habian esperado los jefes franceses; en lugar de desanimar á los enemigos, los exasperó y enagenó las simpatías al futuro emperador y á sus protectores y aun á los mexicanos que hubieran podido ser atraídos á aceptar el nuevo régimen. No se le ocultó esto á Napoléon, que además empezaba á vacilar en sus proyectos monárquicos y había criticado duramente la convocación de la asamblea de notables hecha sin orden suya (3). La confianza que antes había tenido en Saligny y en su perfecto conocimiento de las cosas de México, se cambió en el extremo opuesto y su descontento alcanzó hasta Forey. Uno y otro fueron llamados á Francia y el sangriento decreto del 20 de Junio fué revocado. Ocupó el puesto de Forey en 1.º de octubre el general Bazaine, y á Saligny ni siquiera se permitió esperar la llegada de su sucesor Montholon, sino que Bazaine recibió orden de embarcar inmediatamente á Saligny aun en el caso de que renunciara al servicio del gobierno francés y quisiera quedarse en México.

Entretanto, una diputación de la asamblea de notables había pasado á Europa, para ofrecer la corona de México al archiduque Maximiliano. Por grande que fuese la ambición de este príncipe, no dejó de conocer las infinitas dificultades que se le ofrecían si aceptaba. En primer lugar, el voto de los notables no le garantizaba el de la nación. La votación efectuada por un pequeño número cuidadosamente elegido de notables y hecha bajo la protección de las bayonetas francesas, no le permitía contar con fuerza moral; para esto era menester que fuese elegido libremente por toda la nación si bien aun en este caso la presencia de tropas extranjeras daría á la elección el carácter de forzada. Por un eslabonamiento de circunstancias se veía forzado además á apoyarse, á pesar de sus opiniones bastante liberales, en el partido ultramontano principalmente, cuyas exigencias eran tales, que de ningún modo era

[3] Randon, tomo II, pág. 85.

posible satisfacerlas pues que desde luego quería ante todo, anular la confiscación de los bienes de la Iglesia, lo que había de ser completamente imposible para el gobierno en su situación de penuria. Ya en otoño de 1863 hubo con este motivo conflictos entre el arzobispo Labastida y sus colegas en el gobierno, que de acuerdo con Bazaine se opusieron á la pretensión del prelado, el cual finalmente se retiró del gobierno y excomulgó á los compradores de los bienes de la Iglesia. Era, pues, evidente que sin la mediación benévola del Papa, Maximiliano tendría que romper con los ultramontanos y que de todos modos no podía pasarse mucho tiempo sin el apoyo del ejército francés para sostenerse en el trono. En segundo lugar era ineludible arreglarse definitivamente con la Francia respecto de sus reclamaciones de dinero y obtener la seguridad de que el nuevo imperio encontraría en Europa el crédito necesario para hacer un empréstito, aunque fué en condiciones onerosísimas.

Por lo mismo, Maximiliano al recibir en 3 de Octubre de 1863 la diputación mexicana, puso por condición de la aceptación de la corona, no solamente el voto de toda la nación sino también que se dieran garantías para la consolidación de su posición futura. Fácil fué cumplir la primera condición, porque en todas partes donde se presentaron las armas francesas que en los meses siguientes llegaron hasta el Potosí, Guadaluajara, Zacatecas, etc., la mayoría del pueblo se declaró en favor del imperio y del archiduque austriaco. Mas difícil fué recibir del Papa el prometido apoyo, pues fuera de la bendición del Padre Santo solo consiguió Maximiliano en su visita de despedida á Roma, la promesa de que le seguiría á México un nuncio con los poderes conciliadores. Napoléon finalmente se obligó en un convenio que hizo el 12 de Marzo de 1864 en París con Maximiliano á reducir solo gradualmente los 38.000 franceses que estaban en México hasta 25.000 hombres [1] y dejar estos allí, de donde los llamaría á medida que se hallara organizado el ejército mexicano. También prometió Napoléon

[1] Por un convenio adicional secreto se fijó el número de franceses en 28.000 para el año 1865, en 25.000 para el año 1866, y en 20.000 para el año 1867. Delord, tomo IV, pag. 192.